

[DE INSTITUTIONE VIRGINIS.]

IN LIBRUM DE INSTITUTIONE VIRGINIS ADMONITIO.

Este trabajo no se titula de la misma manera en los manuscritos escritos a mano y en los códices editados; en aquellos se presenta con el título: Sermón sobre la perpetua virginidad de Santa María; en estos últimos: A Eusebio, instrucción o sobre la instrucción de la Virgen. Y cada título tiene su razón de ser. En efecto, quienes le asignaron el primer título parecen haberlo hecho principalmente porque la mayor parte de esta obra se dedica a refutar a los adversarios de María. Creemos que esto también explica por qué, mientras que de todos los demás tratados relacionados con la institución virginal se encuentran numerosos manuscritos, de este se hallan tan pocos e incompletos. Consideraron que se refería menos a la formación en virtud y moral, que a la refutación de una herejía no solo obsoleta, sino también destruida y completamente extinguida. No es nuevo entender esto de los mismos manuscritos, ya que en esa Exposición de los Cantares que Guillermo, abad de San Teodorico, recopiló de las obras de Ambrosio (Apéndice al tomo I, pág. 1545), no se insertó nada que se haya tomado de este mismo libro. En cuanto a las ediciones, quienes les dieron el título, captaron mejor el propósito y fin de la obra. Por lo tanto, como la amplitud de las páginas de resumen no podía contener ambos títulos completos, decidimos prefijar solo uno en la portada del libro.

El mismo se lee en las ediciones destinado a Eusebio: aunque este nombre no aparece en nuestros manuscritos, no se puede negar que existió en los códices de donde se imprimió esta escritura, pero solo queda investigar quién fue. Algunos, junto con Baronio (Ad ann. 377), pensaron que era el mismo que el santo Eusebio, obispo de Bolonia. Sin embargo, parece mucho más probable que se designe a otro Eusebio, ciudadano de Bolonia, con quien Ambrosio tuvo una relación de familiaridad, como lo demuestra suficientemente una carta del mismo santo dirigida a él. Además, era el jefe de una familia muy noble y tenía un hijo, Faustino, padre de una numerosa y hermosa descendencia. Este piadoso abuelo enviaba a sus nietos a Ambrosio para que cuidara de su educación. Entre ellos, el santo Prelado menciona a una niña, Ambrosia, a quien llama "paloma espiritual... ungida con el aceite de la integridad", y a quien, junto con su hermano del mismo nombre, designa cuando dice "ambos, prenda de Ambrosio", etc. Por lo tanto, cuando Eusebio recomendó encarecidamente a su nieta al santo Obispo (Cap. I, num. 1), este la recibió en Milán con no poca alegría del alma, y conociendo su deseo y con el consentimiento de sus padres, la consagró en un rito solemne. Después de haber exhortado a esta víctima de la virginidad en el altar con un discurso grave y piadoso antes de cubrirla con el velo, envió el mismo discurso, solo con dos capítulos añadidos, al piadoso hombre (Cap. 1 y 2).

Primero, alaba a Eusebio por haberle manifestado que Ambrosia le era más querida que sus otros hijos (Cap. 1, num. 1 y sig.), demostrando de muchas maneras que la condición virginal es mucho más excelente que la conyugal. Luego, después de enseñar que a la continencia siempre debe unirse el silencio y la oración, expone las cualidades de esta última (Ibid., num. 4 y sig., y cap. 2, num. 8 y sig.). Pronto profesa que, aunque ha tratado a menudo sobre esa virtud preeminente, no ha dudado en dedicar este trabajo por amor a Ambrosia (Cap. 2, num. 15). Después de estas premisas, relata el discurso que pronunció mientras velaba a la misma Virgen. En el inicio, testifica que la virginidad es un adorno para ambos sexos (Cap. 3, num. 6), y al repetir los hechos desde el principio, demuestra que las mujeres son injustamente acusadas como causas de error y pecado para el hombre. También responde a la acusación habitual de que las mujeres son un obstáculo para los hombres (Cap. 4, num. 25 y sig.); donde narra bellamente sobre la piedad y los ayunos de muchas mujeres de ese siglo (Ibid. num. 30 y 31). Luego, al pasar de la antigua Eva a la nueva, es decir, a María, afirma que ella

fue la primera en elevar el signo de la sagrada virginidad (Cap. 5, num. 32 y sig.). Por lo tanto, añade que se maravilla de que algunos cristianos se atrevan a negar la perpetua integridad de esta Madre de Dios y de todas las Vírgenes. Dice que este sacrilegio debería ser oprimido por el eterno silencio, pero como un Obispo (Bonoso, de la diócesis de Sardica o más bien de Naissus, como se declarará en otro lugar) ha caído en esa impiedad, ya no parece que deba ser disimulado (Ibid., num. 35 y sig.); Por lo tanto, temiendo que la autoridad episcopal pudiera dañar la fe correcta, lo aborda en una asamblea pública a la que había acudido una multitud infinita para la consagración de una virgen extranjera y muy noble (Cap. 6, 7 y 8). Primero expone los sofismas de estos herejes, a los que luego aplica sus respectivas soluciones (Cap. 9, num. 58 y sig.). Además, no responde de manera diferente a como Jerónimo responde a Helvidio, discípulo de Auxencio, el arriano. Sin embargo, se distinguen principalmente en que, mientras el último se contenta con refutar los paralogismos de los adversarios, Ambrosio añade argumentos para demostrar la perpetua virginidad de María. Allí, exhortando a las vírgenes a imitar a su líder por el celo del esposo (Cap. 10, 11 y 12), prueba la divinidad de este mismo, impugnada con soberbia por los mismos herejes (Cap. 13, 14 y 15). Después de haber incitado nuevamente a las vírgenes a imitar la castidad de la Madre de Dios, explica qué virtudes se requieren en ellas (Cap. 16, num. 100 y sig.). Finalmente, al dirigir su discurso nuevamente a Ambrosia, revela brevemente lo que debe lograr (Cap. 17, num. 104 y sig.). Después de dar gracias a Dios por haber instituido en el nuevo pacto la profesión angélica de la virginidad por el ejemplo de María (Ibid., num. 107 y sig.), ofrece a Ambrosia, ya a punto de ser donada con el sagrado velo (Ibid., num. 114); y con ardiente afecto suplica que no desdigne admitirla en el blanco coro de sus esposas, colmada de virtudes por Dios (Cap. 2, num. 15).

Ahora queda investigar el tiempo de esta escritura. Observa que Ambrosio no solo había publicado varios libros, como él mismo dice (Cap. 6, num. 43), antes de dedicarse a esta obra, sino también que esta misma tiene una gran afinidad con los libros sobre la Fe, con el tratado sobre los Misterios, e incluso, lo que es notable, con la obra sobre los Sacramentos, con la carta del concilio de Milán, y la de Siricio, pero sobre todo con la Exposición del Evangelio según Lucas, cuya doctrina y expresiones exhibe en muchos lugares, y que nos ordena consultar con palabras inequívocas. Por lo tanto, este libro es posterior al Comentario al que asignamos el año 386. Finalmente, la herejía de Bonoso, cuyos dos principales capítulos el santo Doctor refuta tan claramente, así como esa carta que Siricio envió desde el sínodo de Capua en el que se examinó su causa, son muy similares a esta obra, lo que hace que se deba considerar que no apareció sino después del año 391; sin embargo, parece que no debe atribuirse a otro año muy alejado de ese, ya que el autor testifica que es la primera vez que habla públicamente sobre esa herejía. Por lo tanto, si siguió la costumbre de esos tiempos, en la que las vírgenes sagradas eran veladas principalmente en la celebración pascual, se puede decir con razón que ese sermón se pronunció en la Pascua del año 392.

SANCTI AMBROSII MEDIOLANENSIS EPISCOPI DE INSTITUTIONE VIRGINIS ET S. MARIAE VIRGINITATE PERPETUA AD EUSEBIUM. LIBER UNUS.

CAPÍTULO PRIMERO.

Los padres deben tener mayor cuidado por la virgen sagrada que por el resto de la descendencia. Qué excelente es esa consagración: donde principalmente se habla del silencio, que recomienda la modestia de la virginidad al igual que la Iglesia, cuya gloria está toda en el interior, y que debemos imitar al orar.

1. Me encomiendas tu prenda, que es igualmente mía, Ambrosia, sagrada del Señor: y con piadoso afecto afirmas que te preocupa más que el resto de tu descendencia. Y verdaderamente así es en una mente fiel; pues instruyes a los demás para que los envíes fuera de casa y los unas a extraños, pero a esta siempre la tendrás contigo: en los demás también ejerces la necesidad de la piedad paterna; en esta vas más allá del padre, avanzas con voto y dedicación para agradar a Dios. Y aunque esta es una causa más excelente de votos; sin embargo, solo ella puede resolver lo que debes por ella y por todos tus hijos.

2. Este es el sacrificio que Abel ofreció de los primogénitos de sus ovejas (Gén. IV, 4). Que también el Apóstol alaba sobre los demás, diciendo a los Corintios: Porque quien ha decidido en su corazón firme, y ha juzgado en su corazón guardar a su virgen, hace bien. Así que quien casa a su virgen, hace bien: y quien no la casa, hace mejor (I Cor. VII, 37, 38). Por lo tanto, David, después de haber descrito la gracia de la Iglesia, cuya gloria está toda en el interior, no en el exterior (pues en los buenos pensamientos, en el afecto inmaculado de la castidad, y en el propósito sincero de la conciencia está la mayor alabanza), añadió diciendo: Serán llevadas al Rey vírgenes tras ella (Salmo XLIV, 15, 16). Y volviéndose al Señor Padre: Próxima, dice, serán llevadas a ti: serán llevadas con alegría y regocijo, serán conducidas al templo del rey.

3. ¿Quién es la próxima, sino la que se acerca a Cristo, a quien la Palabra dice: Levántate, ven, próxima mía, paloma mía; porque he aquí que el invierno ha pasado (Cant. II, 10, 11)? Antes de recibir la Palabra de Dios, era invierno, deshonoroso, sin fruto: cuando recibió la Palabra de Dios, y el mundo le fue crucificado, se hizo verano. Finalmente, calentada por el fervor del Espíritu Santo, comenzó a ser flor y a exhalar el aroma de la fe, la fragancia de la castidad, la dulzura de la gracia.

4. Por eso en otro lugar añade: Tus ojos son palomas fuera de tu silencio (Cant. IV, 1); porque toda ella es espiritual y sencilla como la paloma, en cuya forma fue visto descender el Espíritu Santo por Juan, ve cosas espirituales, y sabe callar los misterios que ha visto. No es una virtud menor callar; pues hay un tiempo para callar, como hay un tiempo para hablar, como está escrito: El Señor me da lengua de erudición, para que sepa cuándo es necesario decir una palabra (Isaías L, 4).

5. Por lo tanto, la dote de la virginidad es una cierta modestia, que se recomienda con el silencio. Por eso la gloria de la Iglesia está en el interior, no ciertamente en el mucho hablar, sino en los sentidos o en los secretos de los sacramentos, como ella misma dice al Esposo: ¿Quién me dará que seas mi hermano, amamantando los pechos de mi madre? Al encontrarte fuera, te besaré, y no me despreciarán. Te tomaré y te llevaré a la casa de mi madre, y al secreto de la que me concibió (Cant. VIII, 1, 2). Y antes dijo: El rey me introdujo en su cámara (Cant. I, 3).

6. La Iglesia besa a Cristo fuera, y es introducida por él en la cámara. La besó fuera, cuando como esposo saliendo de su tálamo, se regocijó como un gigante para correr su camino (Salmo XVIII, 6). Como gigante está fuera; porque no consideró el ser igual a Dios como algo a lo que aferrarse, sino que tomó la forma de siervo (Filip. II, 6, 7). Por lo tanto, se hizo fuera quien estaba dentro. Míralo dentro, cuando lees que está en el seno del Padre: reconócelo fuera, cuando nos busca para redimirnos. Se hizo fuera para sí mismo, para que estuviera dentro de mí, y se hiciera mediador entre nosotros.

7. Estemos allí, donde Cristo está en medio, arraigado y fijado en nuestros corazones. Y por eso, como él mismo ordenó: Cuando ores, entra en tu habitación (Mat. VI, 6), y derrama sobre ti tu alma; tu habitación es el secreto de tus interiores, tu habitación es tu conciencia.

Finalmente, el Eclesiastés te dice: Y en tu conciencia no maldigas al rey, y en los secretos de tus habitaciones no maldigas al rico (Ecles. X, 20). Ora allí, y ora en secreto, para que te escuche quien escucha en secreto: y ora sin ira y disensión, renunciando a lo oculto de la deshonra (I Tim. II, 8): Pues el justo no teme la traición del crimen, sino el contagio.

CAPÍTULO II.

La oración debe comenzar con alabanzas a Dios, y después de exponer nuestras peticiones, terminar en acciones de gracias. La misma debe ser recomendada con paz y tranquilidad; con ocasión de lo cual se explica de manera muy clara el pasaje evangélico que se ordena observar a las vírgenes.

8. ¡Qué buena es la oración con misericordia! Buena es la oración que guarda el orden, para que primero comencemos con alabanzas divinas. Pues si cuando tratamos con un hombre, queremos hacer al juez benévolo, ¡cuánto más cuando rogamos a nuestro Señor! Primero, pues, ofrezcamos a Dios el sacrificio de alabanza; de donde también el Apóstol dice: Ruego, pues, ante todo, que se hagan oraciones, súplicas, peticiones, acciones de gracias (I Tim. II, 1).

9. Que te enseñe el salmo davídico octavo, que comienza con alabanzas a Dios: Señor, Señor nuestro, ¡cuán admirable es tu nombre en toda la tierra! Porque se ha elevado tu magnificencia sobre los cielos. De la boca de los niños y de los lactantes has perfeccionado la alabanza (Salmo VIII, 2 y sig.). Hasta aquí la oración: luego sigue la súplica, para que el enemigo sea destruido: la petición, para que vea la luna y las estrellas; la luna, la Iglesia, las estrellas, los hijos de la Iglesia, brillando con la luz de la gracia celestial: y lo que pide, promete verlo con espíritu profético: acción de gracias, porque el Señor protege al hombre, y confirma este barro de nuestro cuerpo con la visita divina; o porque ha sometido al hombre todos los géneros de seres animados.

10. De manera similar, la oración del Señor lo abarca todo, que no es necesario detallar. Sin embargo, como dije, la oración debe ser recomendada, como mencioné antes, con placidez de ánimo y tranquilidad; para que cada uno se mantenga constante y congruente consigo mismo, y se cumpla lo que está escrito: Si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra, sobre cualquier cosa que pidan, les será hecho por mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos (Mat. XVIII, 19, 20).

11. ¿Quiénes son estos dos, sino el alma y el cuerpo? Por eso también Pablo castigaba su carne, y la reducía a servidumbre (I Cor. IX, 27); para que la carne estuviera sujeta al alma como a su emperatriz, y obedeciera a los mandatos de la mente; para que no hubiera disensión en un solo hombre, y llevara una guerra dentro de sí, y la ley del cuerpo no se opusiera a la ley de la mente. Estos dos, por lo tanto, los unía con una cierta razón y paz, según lo que él mismo afirmó diciendo: Porque Cristo es nuestra paz, que hizo de ambos uno, y derribó el muro intermedio de separación, las enemistades en su carne (Efes. II, 14); para que no hiciera lo que no quería: y para que hiciera lo que odiaba. Estos, por lo tanto, son dos, el alma y la carne. Por eso también David dice: No temeré lo que me haga la carne (Salmo LV, 5), que conocía como adversaria de su alma.

12. Sin embargo, estos dos, para expresarlo más claramente, no solo son dos, sino también dos hombres, uno interior, otro exterior. Estos dos, si concurren con igualdad de propósito, para que los pensamientos concuerden con los hechos, y los hechos con los pensamientos; la rueda de nuestra vida girará sin tropiezo, para que, como está escrito: Sea la voz de tu trueno

en la rueda (Salmo LXXVI, 19). Estos dos, por lo tanto, son uno; y no solo uno, sino un solo hombre. Por eso también el Apóstol dice: Para crear de los dos en un solo hombre, haciendo la paz, y reconciliar a ambos en un solo cuerpo, a Dios, por la cruz, matando las enemistades en sí mismo... para que en ambos tengamos acceso en un solo Espíritu al Padre (Efes. II, 15 y sig.).

13. También hay dos hombres, el viejo y el nuevo. El viejo, sujeto al pecado y desgastado, y desgarrado como un vestido viejo, que en el bautismo clavamos en la cruz. Por eso el Apóstol dice: Porque nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, para que ya no sirvamos al pecado (Rom. VI, 6). El viejo, por lo tanto, es clavado para que muera al pecado; para que el nuevo resucite, que se renueva por la gracia. Hemos hablado de los dos.

14. Quizás alguien diga: ¿Qué dices de los tres, ya que así lo tiene la Escritura: Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos (Mat. XVIII, 20)? Aquí también la razón es manifiesta; porque el mismo Apóstol dice: Y el mismo Dios de paz os santifique por completo, y todo vuestro espíritu, alma y cuerpo sean guardados irreprochables en la venida de nuestro Señor Jesucristo (I Tes. V, 23). Donde, por lo tanto, estos tres están íntegros, allí está Cristo en medio de ellos: quien gobierna y dirige estos tres internamente, y los compone con fiel paz.

15. Estos tres, por lo tanto, la virgen debe guardar sobre todo en sí misma; para que no dé ninguna queja de la sagrada virginidad, y sea intachable, sin arruga, sin mancha. Aunque hemos hablado de ella en numerosos libros, sin embargo, por causa de la prenda mencionada, hemos decidido componer este libro para ti.

CAPÍTULO III.

No debe culparse al sexo femenino al que Dios ha otorgado tantos dones: pues Dios no aprobó al hombre inmediatamente después de ser creado, tanto porque su dignidad no reside en el cuerpo, sino en el alma y en la imagen divina, como porque solo al final de toda la obra debe ser alabado el hombre, y finalmente porque aún no había sido creada la mujer, que fue formada de él mismo, y con él iba a expresar la figura de un gran sacramento; de lo cual se declara que ella también recibió su nombre.

16. Buena es la virginidad, que no solo absuelve a ambos sexos del crimen, sino que también los provoca a la gracia. Sin embargo, a menudo acusamos al sexo femenino de haber introducido la causa del error, y no consideramos cuánto más justamente se nos puede reprochar a nosotros. Pues si volvemos al principio y preguntamos por los inicios de las cosas, investigaremos cuánto se le ha concedido a ella y cómo, en la miserable fragilidad de la condición humana, la mujer ha encontrado gracia.

17. Porque cuando Dios alabó todas sus obras, el cielo, la tierra, los mares, la noche y el día, que uno prosperó para el uso del trabajo, el otro para el fruto del descanso, alabó a las bestias salvajes; cuando se llegó al hombre, él solo no parece haber sido alabado, por quien todas las cosas fueron creadas (Gén. II, 10 y ss.). ¿Cuál es, pues, la causa, si no es acaso porque los otros están en la apariencia, el hombre en lo oculto? No encuentras en las bestias más de lo que se ve; en el hombre, nada es inferior a lo que se ve; ya que, aunque consta de alma y cuerpo, en él sirve lo que se ve: también en él gobierna lo que no se ve.

18. Con razón, pues, los otros son alabados al principio, pero la alabanza de este no se promete, sino que se reserva; porque la gracia de los otros está afuera, la de este está adentro: la de los otros en el nacimiento, la de este en el corazón. ¿Qué hay más alto y profundo que la mente del hombre, que está cubierta y oculta como por un envoltorio del cuerpo, de modo que difícilmente alguien puede mirarla y observarla? Por eso, el hombre no es alabado antes, porque no debe ser probado en la piel externa, sino en el hombre interior, y así ser proclamado: a quien el apóstol Pedro definió brillantemente diciendo que el hombre del corazón está escondido en la incorruptibilidad de un espíritu tranquilo y modesto, que es rico ante Dios (I Pedro III, 4).

19. Con razón, pues, se difiere para que siga su alabanza enriquecida: cuya dilación no es pérdida, sino incremento. Que nadie, por tanto, se desprecie a sí mismo como vil, ni se estime por la apariencia del cuerpo. Pues aunque el santo Job dijo: "Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allí" (Job I, 21); sin embargo, tuvo con qué ser encontrado rico no solo entre los hombres, sino también ante Dios.

20. ¿Y qué hay más rico que ser a imagen y semejanza de Dios? A imagen, sin embargo, es el hombre interior, no el exterior: aquel que se estima por el sentido, no se comprende por los ojos. Por tanto, debemos contemplar a aquel que se investiga más tarde. Por eso, Dios no consideró que la obra del hombre debía ser alabada; porque su mayor parte está en la virtud. Es una especie notable y más excelente que las demás criaturas: pero las irracionales se estiman por la apariencia del cuerpo; sin embargo, las que están llenas de razón, apartan la alabanza común.

21. Por tanto, el hombre debe destacarse y sobresalir más por su afecto que por su rostro; para que sea alabado en aquellas cosas en las que también Dios es alabado por juicio profético, de quien está escrito: "Terrible en sus consejos sobre los hijos de los hombres" (Salmo LXV, 5): cuyas obras brillan ante Dios, quien teje buenas obras continuas; y por eso su alabanza no está al principio, sino al final: porque nadie es coronado si no ha competido legítimamente. Por eso, el Sabio te dice: "Antes de la muerte no alabes a ningún hombre" (Ecles. XI, 30). La razón de esto la enseñó en lo anterior diciendo: "Porque al final del hombre se descubren sus obras" (Ibid., 29).

22. Consideremos el tercero, en el que Dios manifestó su sentencia; pues cuando hizo al hombre y lo puso en el paraíso para trabajar y guardar, dijo que no era bueno que el hombre estuviera solo. "Hagamos", dijo, "una ayuda adecuada para él" (Gén. II, 18). Sin la mujer, por tanto, el hombre no tiene alabanza, en la mujer es proclamado. Pues cuando dice que no es bueno que el hombre esté solo, confirma ciertamente que es bueno el género humano, si al sexo masculino se le añade el femenino.

23. Al mismo tiempo, se debe considerar que él fue hecho de la tierra y el barro, ella del hombre. Y la carne es barro; pero aquel aún informe, este formado.

24. Ya invoquemos aquel notable ejemplo apostólico, que tenemos escrito: "Porque dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán dos en una sola carne. Este es un gran sacramento: pero yo digo en Cristo y en la Iglesia" (Efes. V, 31, 32). Advertimos, por tanto, que a través de la mujer se cumplió aquel misterio celestial de la Iglesia, en ella se figuró la gracia, por la cual Cristo descendió y completó aquella obra eterna de la redención humana. Por eso también Adán llamó a su mujer Vida (Gén. II, 23); pues también entre los pueblos, a través de la mujer se difunde la serie y propagación de la sucesión humana, y a través de la Iglesia se confiere la vida eterna.

CAPÍTULO IV.

Se demuestra que el pecado de la mujer fue más leve que el del hombre por la disparidad de sexos, la razón de la tentación, la sentencia divina y las respuestas de ambos. Después de esto, se prescriben remedios a los hombres contra las tentaciones de las mujeres: especialmente la imitación de las mismas en el ayuno.

25. Ciertamente no podemos negar que la mujer erró. Sin embargo, ¿qué te sorprende si erró y cayó el sexo más débil, cuando también cayó el más fuerte? La mujer tiene excusa en el pecado, el hombre no la tiene. Ella, como afirma la Escritura, fue engañada por la serpiente más sabia de todas, tú por la mujer: es decir, a ella la engañó una criatura superior, a ti una inferior; pues a ti te engañó la mujer, a ella un ángel malo, aunque superior. Si tú no pudiste resistir al inferior, ¿cómo pudo ella resistir al superior? Tu culpa la absuelve a ella.

26. Si dudas del mérito de la culpa, preguntemos a la sentencia. A ella se le dijo: "Con dolor parirás hijos, y tu conversión será hacia tu marido, y él te dominará" (Gén. III, 16). Pero al hombre se le dice: "Eres tierra, y a la tierra volverás" (Gén. III, 19). Y verdaderamente justa es la sentencia; ya que si Adán no pudo guardar lo que había oído del Señor Dios, ¿cómo pudo la mujer guardar lo que oyó del hombre? Si la voz de Dios no lo confirmó a él, ¿cómo la voz humana la confirmaría a ella?

27. Finalmente, cuando Adán fue confrontado por haber probado contra los mandamientos divinos que había oído en persona, no tuvo nada que decir, excepto que la mujer le había dado y él había comido: pero la mujer dijo: "La serpiente me engañó, y comí" (Gén. III, 13). ¡Cuánto mayor es la absolución de la mujer! Él es acusado, ella es interrogada. Añade a esto que ella también confiesa primero la culpa; pues quien dice que fue seducida, testifica su error. La confesión, por tanto, es medicina del error.

28. En el mismo juicio, ¡cuánto más clemente es la mujer que el hombre! Él acusó a su mujer; ella a la serpiente, es decir, ni acusada devolvió el crimen: sino que prefirió absolver a su acusador, si pudiera, antes que atarlo.

29. Tienes, por tanto, tanto la absolución de la culpa en la confesión, como de la sentencia en la ejecución. "Con dolor", dice, "parirás hijos". Reconoce el peso de su condena, ejecuta el don de su condición penal. Por ti, la mujer lucha con sus dolores, y encuentra recompensa en su pena; para que por los hijos por los que es afligida, sea liberada. Así, la gracia se hizo de la injuria, la salvación de la debilidad; pues está escrito: "Porque se salvará por la generación de hijos" (I Tim. II, 15). Con salvación, por tanto, da a luz a aquellos que parió con tristeza: y educa para la alabanza a aquellos que dio a luz con dolor.

30. Pero dices, oh hombre, que la mujer fue tentación para el hombre. Es verdad. Ya si es hermosa, he aquí otra tentación. Sin embargo, la belleza de la esposa no perjudicó a Abraham cuando descendió a Egipto, sino que más bien le benefició; pues fue honrado por su esposa, no tenido en burla por ella (Gén. XII, 16, 20). ¿Por qué buscas más la belleza del rostro en la esposa que la de los modales? Que la esposa agrade más por su honestidad que por su belleza. Que se elija a aquella que se asemeje a Sara en sus modales. No es un defecto de la mujer ser lo que nace: pero es un defecto del hombre buscar en la esposa aquello por lo que a menudo es tentado; en lo que si es más débil, la mujer misma caerá: si es más fuerte, el hombre se pondrá en peligro. No podemos reprochar la obra del divino artífice; pero a quien le deleita la

belleza del cuerpo, que le deleite mucho más aquella hermosura que es a imagen de Dios, no más adornada por fuera.

31. Si, por tanto, la esposa es una tentación, sé más cauteloso, busca un remedio contra el peligro de la tentación: "Vigilad", dice, "y orad, para que no entréis en tentación" (Mat. XVI, 13). El Señor dijo esto, el hombre lo oyó, la mujer lo cumplió. Todos los días las mujeres ayunan, y no se les imponen ayunos: reconocen el pecado, buscan el remedio. Una vez la mujer comió de lo prohibido, y todos los días lo compensa con ayuno. Si seguiste a la que erró, sigue a la que corrige. Ambos comieron, ¿por qué solo ella ayuna? Es decir, ambos pecaron, ¿por qué solo ella busca remedio para el error?

CAPÍTULO V.

La sentencia de condenación de Eva se muestra como resuelta en Sara, pero mucho más en María, quien con su virginidad intacta engendró a Dios, y también levantó el signo de esa misma virtud. Qué impudicamente los herejes han negado que la misma virgen perseveró, cuyos argumentos tomados de los Evangelios se refutan.

32. Ven, Eva, ya sobria; ven, Eva, aunque alguna vez intemperante en ti, pero ya ayunante en tu descendencia. Ven, Eva, ya tal que no seas excluida del paraíso, sino arrebatada al cielo. Ven, Eva, ya Sara, que das a luz hijos no en tristeza, sino en júbilo: no en dolor, sino en risa. Isaac te nacerá múltiple. Ven de nuevo, Eva, ya Sara, de quien se dice al hombre: "Escucha a Sara, tu esposa" (Gén. XXI, 12). Aunque estés sujeta al hombre, porque te conviene; sin embargo, pronto resolviste la sentencia, para que se ordene al hombre escucharte.

33. Si aquella merece ser escuchada por el hombre al dar a luz el tipo de Cristo, ¿cuánto progresa el sexo que engendró a Cristo, conservando sin embargo la virginidad? Ven, pues, Eva, ya María, que nos has traído no solo el incentivo de la virginidad, sino también a Dios. Por eso, Isaías, alegre y exultante por tan gran don, dice: "He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y su nombre será Emmanuel" (Isaías VII, 14), que se interpreta como "Dios con nosotros" (Mat. I, 23). ¿De dónde viene este don? No de la tierra, ciertamente, sino que del cielo eligió para sí este vaso por el cual Cristo descendiera, y consagró el templo de la pureza. Descendió por una, pero llamó a muchas. Por eso, María encontró este nombre especial del Señor, que significa: Dios de mi linaje.

34. Muchas fueron llamadas María antes: pues también María, hermana de Aarón, fue llamada así (Éxodo XV, 20, 23); pero aquella María era llamada amargura del mar. Por tanto, el Señor vino a la amargura de la fragilidad humana, para que la amargura de la condición se endulzara, templada por la suavidad y gracia del Verbo celestial. Esto significó la fuente de Merrha endulzada por el madero; porque el pueblo de las naciones, amargo antes por los pecados, o nuestra carne, se transformara en otros usos por el temperamento de la pasión del Señor.

35. Por tanto, María es ilustre, quien levantó el signo de la sagrada virginidad, y erigió el piadoso estandarte de la integridad inmaculada para Cristo. Y sin embargo, aunque todos son llamados al culto de la virginidad por el ejemplo de la santa María, hubo quienes negaron que ella perseveró virgen. Este sacrilegio preferimos callarlo desde hace tiempo: pero porque la causa lo ha llamado al medio, de tal manera que incluso el obispo fue acusado de tal caída, no creemos que deba dejarse sin condena; y especialmente porque leemos que fue llamada mujer, como cuando en Caná de Galilea el mismo Señor dijo a ella que le decía: "No tienen vino, hijo", respondió: "¿Qué tengo yo contigo, mujer?" (Juan II, 3, 5). Y en otro lugar

leemos que Mateo dijo de José y María: "Antes de que se unieran, se encontró que estaba encinta por el Espíritu Santo" (Mat. I, 18). Y más adelante: "No la conoció hasta que dio a luz" (Ibid., 19). Y de nuevo de José: "No quiso exponerla" (Mat. XII, 47). Y los hermanos del Señor parecen significar que fueron engendrados de María. Y el Apóstol dice: "Cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley" (Gál. IV, 4). Cada uno de estos debe ser aclarado por nosotros para que quien los lea no quede atado por el vínculo de tal discurso. Respondamos, pues, en su orden.

36. ¿Por qué nos movería el nombre de mujer? Se refiere al sexo; no es un término de corrupción, sino de sexo. El uso vulgar no prejuzga la verdad. Por tanto, la virginidad primero recibió este nombre; pues cuando Dios tomó una de las costillas de Adán, y llenó de carne el lugar de la misma: "La edificó", dice, "en mujer" (Gén. II, 22). Ciertamente aún no había conocido varón, y ya era llamada mujer. La Escritura tampoco calló la razón de este nombre diciendo: Porque dijo Adán: "Hueso de mis huesos, y carne de mi carne. Esta será llamada mujer, porque fue tomada de su varón" (Gén. II, 23). Porque fue tomada, dice, de su varón, no porque haya conocido varón. Por tanto, mientras estuvo en el paraíso, fue llamada mujer, y no había sido conocida por varón: pero cuando fue expulsada del paraíso, entonces se lee que Adán conoció a Eva, su mujer, y entonces concibió y dio a luz un hijo (Gén. IV, 1). Así, el primer nudo está resuelto.

37. La segunda cuestión, porque está escrito: "Antes de que se unieran, se encontró que estaba encinta" (Mat. I, 18). Sin embargo, la costumbre de la Escritura divina es afirmar la causa que se ha asumido, diferir la incidental.

38. Con lo cual también se resuelve la tercera cuestión, donde se dijo: "No la conoció hasta que dio a luz al Hijo" (Mat. I, 19). ¿Qué, pues? ¿La conoció después? De ninguna manera. Por tanto, tienes escrito: "Yo soy Dios, y hasta que envejeczan, yo soy" (Isaías XLVI, 4). ¿Acaso, pues, después de que envejecieron, a quienes se les dijo hasta, dejó de ser Dios? También en la profecía de David leemos: "Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies" (Salmo CIX, 1). ¿Acaso, pues, sometidos los pueblos de las naciones, que antes parecían enemigos, cuando negaban al autor de la salvación, servían a los ídolos, dejó de sentarse el Hijo a la diestra del Padre, o no se sentará para siempre?

39. ¿Qué, pues, prejuzga a María, si José no entendió el misterio del consejo celestial, y pensó que la virgen no era, a quien veía embarazada? La resurrección de él los ángeles la ignoraron, lo que significan los versículos: "Levantad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria. ¿Quién es este Rey de gloria?" (Salmo XXIII, 7, 8). Preguntan como si no supieran; y otros responden: "El Señor fuerte y poderoso, el Señor poderoso en la batalla, él es el Rey de gloria". Y el Profeta repitió los mismos versículos, y sin embargo, ellos como ignorantes preguntaron de nuevo; pues así está escrito: "Levantad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria. ¿Quién es este Rey de gloria?" (Ibid. 9, 10). ¿Cómo, pues, pudo el hombre conocer el secreto divino, que los ángeles no conocían? Y en el libro de Isaías tienes: "¿Quién es este que viene de Edom; el rojo de sus vestiduras de Bosra?" (Isaías LXIII, 1). Y ciertamente era menos que un hombre resucitara, que una virgen diera a luz. Pues ya por las oraciones de Elías, por las oraciones de Eliseo, los muertos habían resucitado (III Reyes XVII, 22): pero nunca antes, nunca después, una virgen dio a luz (IV Reyes IV, 17).

40. Esto, sin embargo, pensó que la expondría como culpable, antes de ser advertido por el ángel (Mat. I, 20): pero después, como fiel y sin duda, guardó el oráculo de su virginidad.

CAPÍTULO VI.

Resueltas otras dos objeciones sobre el mismo asunto, se añade que habría sido absurdo que Cristo eligiera a una madre que no perseveraría en la virginidad, o que le negara los más ilustres dones de la virginidad.

41. Que no te mueva aquello que dice: "Porque José tomó a su esposa, y partió hacia Egipto" (Mat. I, 24); pues desposada con un hombre, recibió el nombre de esposa. Pues cuando se inicia el matrimonio (27, q. 2, Cum initiatur, 1 y 2), entonces se adopta el nombre de matrimonio; pues no es la desfloración de la virginidad lo que hace el matrimonio, sino el pacto conyugal. Por tanto, cuando se une la doncella, es matrimonio, no cuando se conoce con la mezcla viril.

42. Pero que fue desposada en matrimonio, aunque lo hemos dicho más plenamente en otro lugar, ahora es suficiente aludir a la causa del misterio celestial; para que aquellos que vieran a María con el vientre grávido, no creyeran en el adulterio de la virginidad, sino en el parto legítimo de la desposada. Pues el Señor prefirió que algunos dudaran de su generación, que del pudor de su madre.

43. Pero el mismo Señor enseña que los hermanos se llaman de la nación, del linaje, del pueblo también, quien dice: "Anunciaré tu nombre a mis hermanos: en medio de la Iglesia te alabaré" (Salmo XXI, 23). Pablo también dice: "Deseaba yo mismo ser anatema por mis hermanos" (Rom. IX, 3). Pero pudieron ser hermanos de José, no de María. Lo cual, si alguien lo investiga más diligentemente, lo encontrará. No hemos considerado necesario seguirlo, ya que el nombre de hermano es claro que es común a muchos.

44. ¿Acaso el Señor Jesús elegiría para sí una madre que pudiera mancillar con semilla viril el palacio celestial, como si fuera imposible para ella guardar la custodia del pudor virginal? Cuyo ejemplo provoca a las demás al estudio de la integridad, ella misma se desviaría de tal don que por sí misma se propondría a las demás.

45. ¿Y quién sería aquella a quien el Señor otorgaría un mérito mayor que a su madre, reservándole una recompensa? A nadie le ha asignado dones más abundantes que a la virginidad, como nos enseña la Escritura. Así habló el Señor a través de Isaías: "No diga el eunuco: 'Soy un árbol seco'. Así dice el Señor a los eunucos: 'Cualquiera que guarde mis preceptos, elija lo que yo quiero y abrace mi pacto, le daré en mi casa y dentro de mis muros un lugar y un nombre mejor que el de hijos e hijas; les daré un nombre eterno que no perecerá'" (Isaías 56, 3 y ss.). A otros les promete que no perecerán: ¿permitiría que su madre pereciera? Pero María no perece, no perece la maestra de la virginidad; ni podría ser que quien había llevado a Dios pensara en llevar a un hombre: ni José, hombre justo, habría caído en la locura de unirse corporalmente con la madre del Señor. CAPÍTULO VII.

Donde se prueba que María perseveró en la integridad virginal, por el hecho de que fue dada como madre al discípulo; se confirma que su propósito de virginidad no pudo cambiar, ya que brilló con tanta constancia en la pasión del Hijo y con tanta virtud en la exultación del Bautista.

46. Sin embargo, María debe ser defendida por sus propias costumbres, no por las ajenas. No pereció, como dije. El mismo Hijo de Dios es testigo, quien, estando en la cruz, encomendaba al discípulo a su madre como hijo: la entregaba al discípulo como madre (Juan 19, 26-27).

Esto lo enseñó Juan, quien escribió de manera más mística; pues otros evangelistas escribieron que en la pasión del Señor la tierra tembló, el sol se oscureció, se pidió perdón para los perseguidores: este amado del Señor, que había bebido de su pecho los secretos de la sabiduría, pasando por alto los arcanos de la piadosa voluntad dichos por otros (Mateo 27, 51 y ss.), prosiguió diligentemente para comprobar con su juicio la perseverancia de la virginidad materna (Juan 13, 23); como un hijo preocupado por el pudor de su madre, para que nadie la mancillara con la calumnia de una integridad violada.

47. Era digno que quien perdonaba al ladrón absolviera a su madre de la duda del pudor. Pues dice a su madre: "Mujer, he aquí tu hijo". Y dice al discípulo: "He aquí tu madre" (Lucas 23, 43). Él es el discípulo a quien se encomienda la madre. ¿Cómo podría quitarle la esposa a un marido, si María había estado unida en matrimonio o había conocido el uso del lecho conyugal?

48. Cerrad la boca, impíos: abrid los oídos, piadosos: escuchad lo que dice Cristo. El Señor Jesús testifica desde la cruz (Juan 19, 26), y difiere por un momento la salvación pública, para no dejar a su madre deshonrada. Juan es suscrito en el testamento de Cristo. Se lee la defensa del pudor de la madre, el testimonio de la integridad: se lee también la custodia de la madre al discípulo, por gracia de piedad. Y desde entonces el discípulo la recibió en su casa (Juan 19, 27). Cristo no estaba haciendo un divorcio, ni María dejaba a un marido. Pero, ¿con quién debía habitar la virgen, sino con aquel a quien sabía que era heredero del Hijo, guardián de la integridad?

49. La madre estaba de pie ante la cruz, y mientras los hombres huían, permanecía intrépida. Ved si la madre de Jesús pudo cambiar su pudor, quien no cambió su ánimo. Contemplaba con ojos piadosos las heridas del Hijo, por quien sabía que vendría la redención para todos. No era una madre degenerada ante el espectáculo, que no temía al verdugo. El Hijo colgaba de la cruz, la madre se ofrecía a los perseguidores. Si solo fuera para postrarse ante el Hijo, sería digno de alabanza el afecto de piedad, porque no quería sobrevivir a su Hijo: pero si era para morir con el Hijo, anhelaba resucitar con él, no ignorante del misterio de que había engendrado al que resucitaría: al mismo tiempo que sabía que la muerte de su Hijo se ofrecía al uso público, esperaba si acaso también su muerte añadiría algo al beneficio público. Pero la pasión de Cristo no necesitó ayuda, como el mismo Señor predijo mucho antes: "Miré, y no había quien ayudara; y atendí, y nadie sostenía; y los libraré con mi brazo" (Isaías 63, 5).

50. ¿Cómo, pues, pudo ser arrebatada la integridad de María, quien, mientras los apóstoles huían, no temía los suplicios, sino que se ofrecía a los peligros? Cuya gracia era tal, que no solo conservaba en sí misma la gracia de la virginidad, sino que también confería el signo de la integridad a aquellos a quienes visitaba. Visitó a Juan el Bautista, y en el vientre de su madre, antes de nacer, saltó de alegría (Lucas 1, 41). Al oír la voz de María, el niño saltó de alegría, obedeciendo antes de nacer. No sin razón permaneció íntegro en cuerpo, a quien durante tres meses la madre del Señor ejercitó con un cierto aceite de su presencia y ungüento de integridad. Y después fue entregada a Juan el Evangelista, quien no conocía el matrimonio. Por eso no me sorprende que hablara de los misterios divinos más que los demás, pues tenía presente el aula de los sacramentos celestiales.

CAPÍTULO VIII.

Los testimonios de Ezequiel, y especialmente el que habla de la puerta que no se abrirá, se aplican a María; ya que por ella pasó solo Cristo sin abrirla, y así la fortaleció, de modo que después ni siquiera a José se le abrió.

51. Ahora díganme aquellos que siembran esta cuestión, ¿qué es lo que dice el Señor por el profeta: "Ahora restauraré la cautividad de Jacob, y tendré misericordia de la casa de Israel" (Ezequiel 39, 25)? Y más adelante, dice: "Los reuniré de entre las naciones, y los congregaré de las regiones de las naciones, y seré santificado en ellos a la vista de las naciones; y sabrán que yo soy el Señor su Dios, cuando aparezca entre las naciones; y no apartaré más mi rostro de ellos, porque derramé mi ira sobre la casa de Israel, dice el Señor" (Ezequiel 39, 27 y ss.).

52. Y más adelante dice el profeta que vio en un monte muy alto la edificación de una ciudad (Ezequiel 40, 2 y ss.), cuyas puertas se describen en gran número; sin embargo, una se describe cerrada, de la cual dice: "Y me volví hacia el camino de la puerta exterior del santuario que mira al oriente, y estaba cerrada. Y el Señor me dijo: 'Esta puerta estará cerrada, y no se abrirá, y nadie pasará por ella; porque el Señor Dios de Israel pasará por ella. Y estará cerrada, porque el príncipe se sentará en ella para comer pan en presencia del Señor. Entrará por el camino del pórtico de la puerta, y saldrá por el mismo camino'" (Ezequiel 44, 1 y ss.). ¿Qué es esta puerta, sino María; cerrada porque es virgen? María es, por tanto, la puerta por la que Cristo entró en este mundo, cuando fue engendrado por un parto virginal, y no rompió los sellos de la virginidad. Permaneció intacto el recinto del pudor, y los signos de la integridad permanecieron inviolados; cuando salió de la virgen, cuya altura el mundo no podría soportar.

53. "Esta puerta", dice, "estará cerrada, y no se abrirá". Buena puerta es María, que estaba cerrada y no se abrió. Cristo pasó por ella, pero no la abrió.

54. Y para demostrar que cada hombre tiene una puerta por la que Cristo entra: "Alzad, príncipes, vuestras puertas, y alzaos, puertas eternas, y entrará el Rey de la gloria" (Salmo 23, 7). Cuánto más, entonces, era una puerta en María, en la que Cristo se sentó y salió. También hay una puerta del vientre. Por eso dice el santo Job: "Oscurezcan las estrellas de su noche; porque no cerró las puertas del vientre de mi madre" (Job 3, 9-10).

55. Por lo tanto, hay una puerta del vientre, pero no siempre cerrada: sin embargo, solo una pudo permanecer cerrada, por la que el parto salió sin detrimento de los sellos genitales de la virgen. Por eso dice el profeta (Ezequiel 44, 2): "Esta puerta estará cerrada: no se abrirá, y nadie pasará por ella", es decir, ningún hombre; "porque el Señor", dice, "Dios de Israel pasará por ella. Y estará cerrada", es decir, antes y después del paso del Señor estará cerrada: y no se abrirá por nadie, ni se abrió; porque siempre tuvo su puerta a Cristo, quien dijo: "Yo soy la puerta" (Juan 10, 7), que nadie pudo apartar de ella.

56. Esta puerta miraba al oriente; porque derramó la verdadera luz, que engendró al Oriente, y dio a luz al Sol de justicia. Escuchen, pues, los imprudentes: "Cerrada", dice, "estará esta puerta, que solo recibe al Dios de Israel". ¿Acaso aquel de quien se dijo a la Iglesia: "Porque fortaleció los cerrojos de tus puertas" (Salmo 147, 13), no pudo fortalecer su propia puerta? Pero ciertamente la confirmó y la mantuvo intacta. En definitiva, no se abrió.

57. Escuchen, pues, al profeta diciendo: "No se abrirá, y estará cerrada", es decir, no se abrirá por aquel a quien se desposará; no será permitido que se abra, por la que el Señor pasará. Y después de él, dice, "estará cerrada", es decir, no la abrirá José; porque se le dirá: "No temas recibir a María tu esposa; porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es" (Mateo 1, 20).

CAPÍTULO IX.

Cómo se simboliza la virginidad de diversas maneras, y qué deben aprender de cada uno de estos símbolos las vírgenes sagradas.

58. La puerta cerrada, por tanto, es la virginidad: y el jardín cerrado es la virginidad: y la fuente sellada es la virginidad. Escucha, virgen, con oídos atentos y pudor cerrado, abre tus manos, para que el pobre te reconozca: cierra la puerta, para que no entre el profanador: abre tu mente, guarda el sello.

59. La vara que brota de la raíz también es virginidad, pues así está escrito: "Saldrá una vara de la raíz de Jesé, y un retoño de sus raíces brotará" (Isaías 11, 1). Esta vara no está hueca, sino sólida. Que nadie, pues, queme tu vara, para que guardes tu flor. Eres una vara, oh virgen, no te inclines, no te dobles hacia la tierra, para que en ti brote la flor de la raíz paterna.

60. Eres un jardín cerrado, virgen, guarda tus frutos: que no crezcan en ti espinas, sino que florezcan tus uvas. Eres un jardín cerrado, hija, que nadie quite la cerca de tu pudor: porque está escrito: "Y al que derriba la cerca, lo morderá la serpiente" (Eclesiastés 10, 8). Pero que solo quite aquella de la que se dijo: "¿Por qué se ha roto la cerca?" (Génesis 38, 29). Que nadie destruya tu muro, para que no seas pisoteada. Eres un paraíso, virgen, cuídate de Eva.

61. Eres una fuente sellada, virgen, que nadie contamine tu agua, que nadie la turbe; para que siempre contemples tu imagen en tu fuente.

62. Eres una puerta cerrada, virgen, que nadie abra tu puerta, que una vez cerró el Santo y Verdadero, quien tiene la llave de David, quien abre y nadie cierra: cierra y nadie abre (Apocalipsis 3, 7). Te abrió las Escrituras, que nadie las cierre: cerró tu pudor, que nadie lo abra.

CAPÍTULO X.

Se insinúa que la virginidad es una corona en la mano del Señor, a quien las Escrituras no presentan como segundo, al igual que al Padre y al Espíritu. En esto los herejes objetan el texto del Evangelio, pero una vez resuelto por otros testimonios, se confirma la fe católica sobre la Trinidad.

63. "Vengo pronto", dice, "retén lo que tienes: que nadie tome tu corona" (Apocalipsis 3, 11). ¿Cuál es tu corona, sino aquella de la que se dijo: "Y serás corona de gloria en la mano del Señor" (Isaías 62, 3)?

64. ¿Quién dice esto, sino aquel de quien dijo el Eclesiastés: "Hay uno y no hay segundo" (Eclesiastés 4, 8)? ¿Quién es este, sino aquel de quien se dijo: "Uno es vuestro Maestro, Cristo" (Mateo 23, 10)? Uno es, porque es el unigénito Hijo de Dios: porque solo, como está escrito: "Porque extendió el cielo solo, y camina como en tierra sobre el mar" (Job 9, 8). Este, pues, no es segundo, porque es el primero: no es segundo, porque es uno: "Un Dios Padre, de quien son todas las cosas, y nosotros en él: y un Señor Jesucristo, por quien son todas las cosas, y nosotros por él" (1 Corintios 8, 6). Un Dios Padre, y un Dios Hijo, y un Espíritu Santo, como está escrito: "Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como quiere" (1 Corintios 12, 11). Uno, dice, porque uno es Dios. Ninguno es segundo; porque hace lo que quiere, no lo que se le manda. Uno, pues, es Dios Padre, y uno es el Hijo de Dios. Uno y uno, porque no son dos dioses. Uno es el Hijo; porque con el Padre es uno, como él mismo dijo: "Yo y el Padre somos uno" (Juan 10, 30). Y

uno es el Espíritu, porque la unidad de la Trinidad no está distinguida por orden, ni por tiempo.

65. Pero dicen que está escrito: "Id, bautizad a las naciones en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" (Mateo 28, 19); y objetan, porque primero nombró al Padre, segundo al Hijo, tercero al Espíritu Santo. ¿Acaso, pues, porque dice el Evangelio: "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios" (Juan 1, 1), significó que el Padre era inferior, porque primero recordó que el Verbo de Dios siempre es y fue en el principio? ¿O cuando dijo el Apóstol: "En el reino de Cristo y de Dios" (Efesios 5, 5), hizo un orden? ¿O cuando dice el mismo Señor Jesús: "El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido, me ha enviado a evangelizar a los pobres, a predicar a los cautivos la remisión" (Lucas 4, 18), testificó que el Espíritu de Dios es más eminente que el Hijo?

66. Observas, virgen, cómo se resuelven estas cosas. Abre tus oídos a esto, cierra tu boca. Abre tus oídos, para que escuches la fe: cierra tu boca, para que guardes la modestia.

67. Luego leen aquello, porque dijo: "En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo"; y no entienden que antes había dicho: "En el nombre", dice. Señaló tres personas, pero afirmó un solo nombre de la Trinidad.

68. Por tanto, un solo Dios, un solo nombre, una sola divinidad, una sola majestad. Ninguno, pues, es segundo: porque la Trinidad es el principio de todo, y el primado de la Trinidad está sobre todo. Por tanto, uno y no hay segundo. Uno es, que no tiene segundo; porque único es solo sin pecado, solo sin ayuda, quien dice: "Miré, y no había quien ayudara" (Isaías 63, 5).

CAPÍTULO XI.

Como Cristo trabajó tanto por nosotros, debemos trabajar solo para él. No se lee que sea segundo; solo en cuanto es hombre, en cuyo sentido también se le llama último. Y aquí se adapta el pasaje del Eclesiastés y el ejemplo de Eliseo.

69. "No hay fin a su trabajo" (Eclesiastés 4, 8); porque es nuestro abogado ante el Padre por todos, y tomó nuestras debilidades, y por nosotros sufre, por nosotros se debilita, como dice: "Estuve enfermo, y no me visitasteis" (Mateo 25, 43).

70. "Cuyo ojo no se sacia de riquezas" (Eclesiastés 4, 8); porque él es la altura de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios, en quien están los tesoros de los misterios celestiales. ¿Por qué, entonces, trabajamos más bien para el mundo, y defraudamos nuestra alma con la pérdida de tanta bondad, cuando no debemos servir a nadie más que a este Señor?

71. Él, pues, no es segundo. Yo ciertamente doy este testimonio: leo que es el primero, leo que no es segundo. Aquellos que dicen que es segundo, que lo demuestren con la lectura.

72. Pero alguien dice que está escrito: "El primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre es del cielo, celestial" (1 Corintios 15, 47). Pero observa lo que dice. "Segundo", dice, "hombre"; como si dijera hombre segundo. Y yo digo que es el primero según la divinidad, antes de quien no hay nadie: pero segundo según la carne, porque después de Adán.

73. Yo digo más, no solo segundo según el hombre, sino también el último. De hecho, así está escrito: "El primer hombre Adán fue hecho alma viviente, el último Adán en espíritu vivificante" (1 Corintios 15, 45). Mira la clemencia de Cristo: él es el primero y el último.

Quien era el primero, por nosotros se hizo el último. Primero, porque por él son todas las cosas: último, porque por él es la resurrección. Descendió y se arrojó, para caer, haciéndose inferior a todos para levantar a todos los caídos.

74. Por eso dice el Eclesiastés: "Porque si uno cae, el otro levantará a su compañero: pero ¡ay de aquel que está solo cuando cae, y no hay segundo que lo levante! Y si duermen dos, tienen calor: pero uno, ¿cómo se calentará?" (Eclesiastés 4, 10-11). Esto es, quien tiene a Cristo consigo, aunque caiga, se levantará: aunque muera, revivirá; porque está con él quien vino a traer fuego a la tierra (Lucas 12, 49). De hecho, también Eliseo, cuando resucitó al niño, sopló sobre él (2 Reyes 4, 34), para infundirle el calor de la vida. Ten, pues, contigo este fuego en tu pecho, que te resucite; para que no te invada el frío de la muerte perpetua.

75. Este, pues, es el joven que se arrojó, quien vino por María, e infundía el calor de la vida en los pechos de los oyentes. Por eso dicen en el Evangelio: "¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos abría las Escrituras?" (Lucas 24, 32).

CAPÍTULO XII.

Se entiende que Cristo es designado por el nombre de joven segundo por el Eclesiastés, tanto por otros lugares como por la continuación de este mismo: ya que, por tanto, es quien se describe como habiendo pasado por la puerta, y sentado en ella comió.

76. Este es el joven segundo, como dice el Eclesiastés: "Vi a todos los que viven, que caminan bajo el sol con el joven segundo, ¿quién se levantará por él?" (Eclesiastés 4, 15). ¿Quién, pues, resucitará por Cristo, cuando él resucitó por todos, y en él todos resucitaron, cuando recibieron la esperanza de la resurrección?

77. Pero está claro que se dice de Cristo, cuando adviertes que este lugar concuerda con la bendición o profecía de Jacob, quien dijo de Judá: "¿Quién lo despertará?" (Génesis 49, 9). No otro, ciertamente; porque él mismo se levantó, como él mismo dijo: "Destruid este templo, y en tres días lo levantaré" (Juan 2, 19). Esto lo decía del templo de su cuerpo.

78. También es verdad que solo a Cristo le corresponde lo que añadió: No hay fin para todo su pueblo (Eccl. IV, 16); porque el pueblo de Cristo, innumerable, no tiene fin, ya que la fe en la resurrección eterna le otorga la vida perpetua. Según la carne, pues, se le llamó joven, y no hay duda de que cayó o resucitó. Finalmente, añadió aquello: porque el mejor joven es pobre y sabio (Ibid. 13): se hizo pobre, aunque era rico.

79. Él mismo, el rey de Israel, pasó por esta puerta, él mismo, el líder, se sentó en ella; cuando el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (Juan I, 14), como un Rey sentado en el salón real del vientre virginal, o en una olla hirviente, como está escrito: Moab, olla de esperanza, o olla de mi esperanza (Sal. LIX, 10). Ambos se encuentran en diferentes códices. El salón real es la virgen, que no está sometida a un hombre, sino solo a Dios. Y también es olla el vientre de María, que, con el Espíritu ardiente que vino sobre ella, llenó el mundo cuando dio a luz al Salvador.

80. Quien comió sentado en la puerta (Ezequiel XLIV, 3), ciertamente aquel alimento del que dice: Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre que está en el cielo (Juan IV, 34).

CAPÍTULO XIII.

La virginidad de María se representa bellamente por la olla y la nube ligera: la lluvia de esta nube, prefigurada en varios tipos en el antiguo pacto, debe ser recogida por las vírgenes, al igual que el eficazísimo ungüento de aquella olla; no se debe alegar pobreza por nadie, sino que se debe hacer la preparación adecuada.

81. ¡Oh riquezas de la virginidad de María! Como una olla hirvió, y como una nube llovió sobre la tierra la gracia de Cristo; pues está escrito sobre ella: He aquí que el Señor viene montado sobre una nube ligera (Isaías XIX, 1). Verdaderamente ligera, que no conoció las cargas del matrimonio: verdaderamente ligera, que levantó este modo del pesado yugo de los pecados. Era ligera, que llevaba en su vientre la remisión de los pecados. Finalmente, levantó a Juan en el vientre, quien al oír su voz saltó, y el niño exultó de alegría, animado primero por el sentido de devoción que por la infusión del espíritu vital (Lucas I, 41).

82. Recibid, pues, recibid, santas vírgenes, la lluvia espiritual de esta nube, el temperamento del ardor corporal; para que apaguéis todos los ardores del cuerpo, y se humedezcan los interiores de vuestra mente. Nuestros padres nos anunciaron la salvación futura del mundo con la lluvia de esta nube sagrada (Sal. LXXI, 6). Esta lluvia significaba que vendrían las gotas que Gedeón pidió y mereció. Seguid la buena nube, que generó dentro de sí una fuente, con la que regó el mundo (Jueces VI, 36 y ss.). Recibid, pues, la lluvia voluntaria, la lluvia de bendición, que el Señor derramó sobre su heredad. Recibid el agua, y no se os escape; porque es nube, que os lave, y os empape con sagrado humor; porque es olla, que os vaporice con espíritu eterno.

83. Recibid, pues, de esta olla moabita el ungüento de la gracia celestial, y no temáis que se agote: lo que se vació, y más abunda; porque su olor salió por toda la tierra (Sal. LIX, 10), como está escrito: Tu nombre es ungüento derramado; por eso las doncellas te amaron (Cant. I, 2). Descienda este ungüento a lo más profundo del corazón, a los secretos de las entrañas, con el que la santa María no exhalaba olores de delicias, sino los alientos de la gracia divina.

84. Esta lluvia apagó el apetito de Eva: este ungüento eliminó el hedor del error hereditario (268), este ungüento María, hermana de Lázaro, lo derramó sobre los pies del Señor, y toda la casa se llenó del piadoso olor (Juan XII, 3).

85. Que nadie se considere pobre, que nadie se crea indigente, que nadie tema no poder comprar este precioso ungüento, o piense que esta fuente está a la venta. Quien tenga sed, dice, venga al agua: y quien no tenga dinero, venga y compre, y beba sin dinero (Isaías LV, 1). Y antes dice: Fuisteis vendidos sin precio, y sin dinero seréis redimidos (Isaías LII, 3). Por eso el Señor se hizo pobre, siendo rico; para que todos lo compren, y especialmente a los necesitados enriquezca con su pobreza.

86. Preparad, pues, los vasos del Señor, para que recibáis esta fuente de agua viva, la fuente de la virginidad, el ungüento de la integridad, el olor de la fe, y la gracia de la misericordia suave y florida. Vestíos con la inocencia de su cordero, que cuando era maldecido, no devolvía maldición: cuando era golpeado, no respondía con golpes (I Pedro II, 23).

CAPÍTULO XIV.

Para que las vírgenes sean más impulsadas a imitar a María, se muestra que muchas cosas dichas místicamente sobre la Iglesia también se aplican a la Virgen Madre de Dios.

87. Imitad a esta, hijas, a quien le conviene bellamente lo que se profetizó sobre la Iglesia: Hermosos son tus pasos en las sandalias, hija de Aminadab (Cant. VII, 1); porque la Iglesia

avanzó hermosamente con la predicación del Evangelio. Hermosamente avanza el alma, que usa el cuerpo como sandalia; para que pueda llevar su huella a donde quiera sin ningún impedimento.

88. En esta sandalia avanzó hermosamente María, que sin ninguna mezcla de costumbre corporal, como Virgen, generó al autor de la salvación. Por eso Juan dice excelentemente: No soy digno de desatar la correa de sus sandalias (Juan I, 27), es decir, no soy digno de comprender el misterio de la Encarnación con las limitaciones de la mente humana, y de desatar con la pobreza del lenguaje humano. Por eso también Isaías dice: ¿Quién narrará su generación? (Isaías LIII, 8). Hermosos, pues, son los pasos tanto de María como de la Iglesia; porque hermosos son los pies de los que anuncian el Evangelio.

89. Qué hermosas también son aquellas cosas que fueron profetizadas sobre María en figura de la Iglesia; si, sin embargo, no consideras los miembros del cuerpo, sino los misterios de su generación. Se le dice a ella: Los contornos de tus muslos son como joyas, obra de manos de un artista. Tu ombligo es una copa redonda que no carece de bebida mezclada. Tu vientre es como un montón de trigo rodeado de lirios (Cant. VII, 1 y ss.); porque conteniendo en todo el nacimiento de Cristo de la Virgen, como los vencedores suelen honrar los cuellos de los hombres valientes con collares donados en las victorias de las batallas seculares; así levantó nuestro yugo, para coronar los cuellos de los fieles con los distintivos de la virtud.

90. Verdaderamente, pues, aquel vientre de María es una copa redonda, en la que estaba la Sabiduría, que mezcló en la copa su vino, suministrando la gracia inagotable del conocimiento piadoso con la plenitud de su divinidad (Prov. IX, 2).

91. En el vientre de la virgen germinaba a la vez un montón de trigo y la gracia del lirio; porque generaba tanto el grano de trigo como el lirio. El grano de trigo según lo que está escrito: En verdad, en verdad os digo, si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo (Juan XII, 24). Pero porque de un solo grano de trigo se hizo un montón, se cumplió aquello profético: Y los valles se llenarán de trigo (Sal. LXIV, 14), porque aquel grano muerto trajo mucho fruto. Este grano, pues, sació a todos los hombres con el alimento perpetuo de los dones celestiales: y se cumplió aquella palabra del profeta, diciendo el mismo David: Los alimentó con la grasa del trigo, y los sació con miel de la roca (Sal. LXXX, 17).

92. En este grano también está el lirio, como lo atestiguan los oráculos divinos; porque está escrito: Yo soy la flor del campo, y el lirio de los valles: como el lirio entre las espinas (Cant. II, 1). Cristo era el lirio entre las espinas, cuando estaba entre los judíos.

CAPÍTULO XV.

Las vírgenes pueden ser llamadas de un modo singular lirios de Cristo; y Cristo mismo es correctamente representado por un montón de trigo rodeado de lirios; ya que él fecundó a la Iglesia y trajo las coronas de diversas luchas.

93. Escucha, virgen, lo que dice: Lirio, dice, de los valles es Cristo, es decir, de las almas humildes y mansas. Sé, pues, mansa, humilde y apacible, para que en ti germine Cristo como un lirio. De quien también tienes en otro lugar: Sus labios son lirios que destilan mirra primera (Cant. V, 13); es decir, quienes hablan de la pasión de Cristo y la celebran con su boca, y llevan en su cuerpo la mortificación de él, son lirios de Cristo; especialmente las santas vírgenes, cuya virginidad es espléndida e inmaculada. Por eso muchos entienden que la Iglesia parece decir: Yo soy la flor del campo, y el lirio de los valles: que en este valle de

este mundo exhala la gracia de un buen olor, con la diligente confesión de la piedad. Finalmente, en otro lugar dice: Mi hermano descendió a su jardín, a las vasijas de aromas, a pastar en los jardines, y a recoger lirios. Yo soy para mi hermano, y mi hermano es para mí, que pastorea entre los lirios (Cant. VI, 1, 2).

94. De aquel vientre de María se difundió en este mundo un montón de trigo rodeado de lirios; cuando nació de ella Cristo, a quien el profeta David dice: Bendecirás la corona del año de tu bondad, y tus campos se llenarán de abundancia. Engordarán los confines del desierto, y los montes se ceñirán de júbilo. Se han vestido los carneros de las ovejas, y los valles abundan en trigo; porque clamarán, y dirán himno (Sal. LXIV, 12 y ss.).

95. ¿Cuál es el año de la bondad del Señor, sino aquel del que se dijo: En el tiempo aceptable te escuché, y en el día de la salvación te ayudé (Isaías XLIX, 8); cuando la Iglesia abundó en la fe de los pueblos, vistió de justicia a los sacerdotes? Por eso el Apóstol dice: He aquí ahora el tiempo aceptable, he aquí ahora el día de la salvación (II Cor. VI, 2); cuando vino el Señor a predicar el año aceptable del Señor, y el día de la retribución, como él mismo recordó en su Evangelio diciendo: El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido, etc. (Lucas IV, 18).

96. Entonces el Señor coronó con sus obras y con gloria y honor el tiempo de su venida; porque todo aquel año de su vida en este mundo tuvo diversas luchas de pasiones. Venció a Herodes siendo niño (Mateo II, 16), de quien triunfó en la pasión de los niños. Tuvo hambre, tuvo sed, por nosotros fue azotado, por nosotros soportó indignas afrentas, subió a la cruz, murió por nosotros.

CAPÍTULO XVI.

Las vírgenes deben salir al encuentro de Cristo, y de qué manera. Este fue coronado por su madre; pero no se debe dudar de su divinidad. Por lo tanto, se debe tomar la fe perfecta en aquel alimento que preparó Jacob, y en la estola que tejió la mujer prudente; para que la virgen, habiendo recibido bendiciones de Cristo, vea a Dios en el hombre, o más bien, se vista de Cristo, junto con todos los ornamentos de las virtudes.

97. ¡Cuántas luchas ves! Pero no es un avaro exigente de recompensa, a quien le bastó una corona celestial de virtud. Por eso, salid, hijas de Jerusalén, como os exhorta la Escritura divina en el Cantar de los Cantares: Salid y ved al rey Salomón con la corona con la que lo coronó su madre en el día de sus bodas, y en el día del gozo de su corazón (Cant. III, 11); porque se hizo, dice, amor de las hijas de Jerusalén, es decir: Salid de estas angustias y preocupaciones corporales, salid de este deleite carnal, y peregrinad del cuerpo, para que podáis estar presentes ante el Señor; porque los que están en la carne no pueden agradar a su Señor. Se os dice, pues, que no estáis en la carne, sino en el espíritu (Rom. VIII, 8, 9), si podéis comprender el amor del verdadero Salomón, aquel pacífico, que se hizo a sí mismo; y por eso recibió la corona de su madre.

98. Bienaventurada madre Jerusalén, bienaventurado también el vientre de María, que coronó a tan gran Señor. Lo coronó cuando lo formó: lo coronó cuando lo engendró; porque aunque lo formó sin ninguna operación suya (porque el Espíritu Santo vino sobre la virgen; por eso él mismo dice: Mis ojos vieron mi obra no hecha), sin embargo, por el hecho de que lo concibió y lo dio a luz para la salvación de todos, puso una corona de eterna piedad en su cabeza; para que por la fe de los creyentes se hiciera Cristo la cabeza de todo hombre. Por lo tanto, la carne de Cristo fue no hecha, para que María, la virgen, lo concibiera, en un misterio de

Encarnación inusitado y nuevo, sin ninguna mezcla de semilla masculina, la gracia de la disposición divina asumió de la Virgen lo que era de la carne, y en ella formó los miembros del último Adán, el hombre inmaculado.

99. Oyes hombre, pero entiende más allá del hombre; porque está escrito: No cocerás el cordero en la leche de su madre (Éxodo XXXIV, 26). Y en otro lugar lees: Y es hombre, y ¿quién lo conocerá? (Jeremías XVII, 9). Por lo tanto, no debes estimar aquel cordero, en quien habita corporalmente la plenitud de la divinidad (Colosenses II, 9), con las fuerzas de la condición humana, y no debes encerrar la majestad de un poder incomprensible en la debilidad de un conocimiento degenerado. Porque Jacob no coció aquel alimento de fe perfecta en leche, con el que Isaac, el padre, se deleitó tanto, que le confirió toda la prerrogativa de la bendición con la sobriedad profética (Génesis XXVII, 25). Y por eso el Apóstol escribió que el jugo de la leche es alimento de doctrina débil diciendo: Porque todo el que se alimenta de leche, es inexperto en palabras de justicia (Hebreos V, 13); porque es niño, pero el alimento sólido es de los perfectos.

100. Y tú, hija, toma aquella estola tejida por la piadosa operación de la mujer, que abre sus manos al pobre, y su lámpara no se apaga en toda la noche (Proverbios XXXI, 19 y ss.): y vístete, y lleva tales manjares al padre, para que diga: ¿Qué es esto que has encontrado tan pronto, hija? (Génesis XXVII, 20 y ss.) alabando en la aún tierna edad la prudencia, y el afecto de la devoción piadosa. Y que te diga: Acércate a mí, hija; y habiendo oído el olor de tus vestiduras, te bendiga diciendo: He aquí el olor de mi hija, como el olor de un campo lleno que el Señor ha bendecido; y, que Dios te dé del rocío del cielo de arriba, y de la abundancia de la tierra. Y a esto añada: Quien te maldiga, será maldito: y quien te bendiga, será bendito.

101. Con esta estola vestido, Jacob vio a un hombre, y de él, como del Señor Dios, pidió bendición, y llamó al lugar, Visión de Dios (Génesis XXXII, 26 y ss.). Con esta estola vestido vio aquella estola de Cristo, de la que dice: Lavaré en vino su estola (Génesis XLIX, 11). Y también bendijo a José diciendo: Mi hijo José se ha ampliado, mi hijo se ha ampliado, mi hijo más joven ha sido celoso, vuelve a mí (Ibid., 22), significando el signo de la resurrección del Señor. Y añadió: La bendición de tu padre y de tu madre prevaleció sobre las bendiciones de los montes permanentes, y los deseos de las colinas eternas (Ibid., 26), es decir, sobre el rey de la gracia.

102. Toma esta estola, para que te vistas de Cristo, y te renueves en su conocimiento. Vístete, pues, como elegida de Dios, de entrañas de misericordia, benignidad, humildad, paciencia, modestia, caridad, que es el vínculo de la unidad (Colosenses III, 12 y ss.); para que no debas nada a nadie, sino que ames a tu hermana mutuamente: no envidies su gracia, sino que imites a la que veas más probada; para que en ti esté la paz de Cristo y la gracia, y la palabra de Dios habite en tu corazón, y huyas de los pensamientos de este mundo.

103. Muerta una vez al mundo, no, por favor, toques, no toques las cosas de este siglo: sino que siempre en salmos e himnos y cánticos espirituales te apartes de la conversación de este siglo, cantando no al hombre, sino a Dios (Colosenses II, 20 y ss.). Y como hacía la santa María (Lucas II, 19), medita en tu corazón. Como buena corderita, rumia en tu boca los mandamientos divinos, para que también tú digas: Me ejercitaré en tus maravillas (Salmo CXVIII, 27). Que tu alma no duerma ni gotee por el tedio. Porque las goteras expulsan al hombre de su casa en tiempo de invierno: pero el alma perfecta no gotea, en la que no hay grieta de pecado más grave; sino que permanece en su casa, y se alegra y disfruta de la

novedad de una morada sin ofensas. Pero si algo vacilara, di: Confírmame en tus palabras (Salmo CXVIII, 28).

CAPÍTULO XVII.

Se dan gracias a Dios porque la vida de los ángeles, perdida una vez en el paraíso, ahora brilla en las vírgenes; y porque la virginidad fue digna de dar a luz a Cristo al mundo, y de guiar a los hebreos por el mar. Después de esto, se encomienda y ofrece la misma Ambrosia a Dios, para que proteja su don en ella, y la una al matrimonio celestial para partos espirituales, le otorgue virtudes como dote y ornamento, por cuyo beneficio merezca retener a su Esposo. Finalmente, se ruega a Cristo que reciba con alegría a su sierva.

104. Ahora a ti, después de haber recorrido todo, Padre de gracia, dirijo mis votos, a cuya piedad damos innumerables gracias, porque en las santas vírgenes vemos la vida de los ángeles en la tierra, que una vez perdimos en el paraíso. ¿Qué más pudiste hacer para imitar los estudios de las vírgenes, confirmar la virtud, o celebrar la gloria de la virginidad, que hacer que Dios naciera de una virgen? Nos benefició más la culpa que nos dañó: en lo que nuestra redención encontró un don divino.

105. Pero también tu unigénito Hijo, al venir a la tierra para recuperar lo que se había perdido, no pudo encontrar una generación más pura de su carne, que dedicar el salón celestial de la virgen a su propia morada; en la que hubiera tanto un santuario de castidad inmaculada como un templo de Dios.

106. ¿Qué añadiré a esto, que por tu don divino, con los santos Moisés y Aarón (Éxodo XV, 20), la virgen María condujo al ejército de los hebreos a través de las olas? Dejo de lado lo antiguo, no busco lo privado: esta nobleza es suficiente para la familia virginal.

107. Te ruego que protejas a esta tu sierva, que ha presumido servirte, dedicarte su alma, dedicarte su estudio de integridad. A quien ofrezco con el ministerio sacerdotal, encomiendo con afecto paternal; para que, propicio y protector, le concedas la gracia, para que, morando en los aposentos celestiales, merezca ver a su Esposo, sea introducida en la cámara de su Dios y Rey: merezca oírle decir: Ven aquí desde el Líbano, Esposa, ven aquí desde el Líbano; pasarás y atravesarás desde el principio de la fe (Cant. IV, 8); para que pase el siglo, y pase a aquellas cosas eternas.

108. Atiende, pues, Padre, a tu don, para cuya santificación no buscaste consejo de nadie: sino que a ella, sin ningún solicitante ni árbitro, le otorgaste tanta gracia, que antes de los oráculos divinos nadie hubiera podido creer, que en su vientre una virgen llevaría a Dios. Provocadas por la prerrogativa de este don, crecen los deseos de virginidad y los ejemplos de sagrada integridad. A los cuales también esta tu sierva, incitada a la gracia de tal virtud, asista a tus altares, no llevando el cabello rubio resplandeciente dedicado al velo nupcial: sino aquel cabello con el que la santa mujer evangélica María secó los pies de Cristo con diligente piedad, y llenó toda la casa con el perfume derramado, ofreciéndolo con velo sagrado para ser consagrado (Juan XII, 3).

109. Está presente la joven, a quien no inquietan las fiestas nupciales, ni las recompensas, ni el peso del vientre cargado, ni el dolor votivo de las bodas: sino que pide para sí partos inmaculados de fe y piedad; para que en su vientre reciba del Espíritu Santo, y preñada de espíritu de salvación, lo dé a luz para Dios. Pero para que esta gracia de méritos pueda proceder, tú, Dios Padre omnipotente, añade los sufragios de la recomendación; pues no es

solitaria la dote del pudor. Ciña el cabello de la sagrada virginidad la modestia, la sobriedad, la continencia; para que, ceñida con el acompañamiento de las virtudes, adornada con el velo púrpura de la sangre del Señor, lleve en su carne la mortificación del Señor Jesús; pues estos son los mejores velos, que son vestiduras de virtudes, con las que se cubre la culpa, se revela la inocencia.

110. Revístela, pues, a tu sierva con estas vestiduras, que en todo tiempo sean puras; pues permanece puro todo lo que ninguna culpa interviniente ha oscurecido, para que con justicia se le diga: Porque agradaron a Dios tus obras (Ecl. IX, 7, 8). En todo tiempo sean tus vestiduras blancas, y no falte el aceite en tu cabeza, con el que pueda encender sus antorchas místicas; para que cuando venga el Esposo, entre aquellas vírgenes sabias (Mat. XXV, 10) sea digna de ser contada en el tálamo celestial, iluminando con la luz de su devoción y fe, y de su gravedad, el don de su sagrada profesión.

111. Protege, pues, a tu sierva, Padre de caridad y gloria, para que como en un jardín cerrado y fuente sellada mantenga los claustros de la castidad, los sellos de la verdad. Sepa cultivar su campo, el cual cultivaba el santo Jacob; y de él obtenga frutos sesenta y ciento por uno. En las virtudes y fortalezas de este campo suscita en ella la gracia, y resucita la caridad. Encuentre a quien amó, lo retenga, y no lo suelte; hasta que reciba aquellas buenas heridas de caridad, que se prefieren a los besos. Siempre preparada de noche y de día, vigile con todo el espíritu de su mente (Cant. V, 7), para que nunca la Palabra la encuentre durmiendo. Y puesto que su amado desea ser buscado con frecuencia, para explorar el afecto; siga al que recurre, salga la fe y su alma peregrine en tu palabra desde el cuerpo, para que esté presente ante Dios: vigile su corazón, duerma su carne, para que no comience a vigilar mal por los pecados.

112. Tú, Señor, añade otros ornamentos de la sagrada virginidad, añade cultos piadosos y diligentes; para que sepa poseer su vaso, sepa humillarse: mantenga el amor, el muro de la verdad, el cerco del pudor. No superen su velo los pinos, ni los cipreses, su castidad no la superen las tórtolas, su simplicidad no la superen las palomas. Que haya simplicidad en el corazón, moderación en las palabras, pudor hacia todos, piedad hacia los parientes, misericordia hacia los necesitados y pobres: que mantenga lo que es bueno, se abstenga de toda apariencia de mal: que venga sobre ella la bendición del que muere, y la boca de la viuda la bendiga (Job XXIX, 13).

113. Pon como sello tu palabra en su corazón, como sello en su brazo (Cant. VIII, 6); para que en todos sus sentidos y obras Cristo resplandezca, a Cristo atienda, a Cristo hable. Que mucha agua no pueda apagar su caridad, ni la espada de la persecución, ni el peligro: sino que confirmada en toda buena obra y palabra, se vista de tu gloria, y en tu gracia se conduzca en este mundo. Santificala en la verdad, confírmala en la virtud, conéctala en la caridad, y llévala a aquella gloria celestial de castidad e integridad, a la corona inmaculada e intachable con tu favor divino; para que allí siga las huellas del Cordero, y en el mediodía se alimente, en el mediodía permanezca, y no camine en el rebaño de los compañeros: sino que mezclada con tus corderos, sin ofensa se conduzca como compañera de las vírgenes, seguidora de las Marías (Apoc. XIV, 4; Cant. I, 6).

114. Sal, pues, tú, Señor Jesús, en el día de tus bodas, recibe ya devota a ti en espíritu, ahora también en profesión; llénala con el conocimiento de tu voluntad; asúmela desde el principio en salvación, en la santificación del espíritu y en la fe de la verdad, para que diga tu sierva: Sostuviste mi mano derecha, y en tu voluntad me guiaste, y en gloria me recibiste (Sal. LXVII, 24). Abre tu mano, y llena su alma con bendición (Sal. CXLIV, 16); para que salves a quien espera en ti (Sal. LXXXV, 2), y sea un vaso santificado en honor, útil al Señor,

aprobado para toda buena obra: por aquella cruz eterna, por aquella venerable gloria de la Trinidad, a quien es honor, gloria, perpetuidad, al Padre Dios, y al Hijo, y al Espíritu Santo, desde los siglos, y ahora, y siempre, y por todos los siglos de los siglos, Amén.